

ISSN: 0213-2060

SOBRE LA MUTACIÓN SOCIOECONÓMICA DE LARGA DURACIÓN EN OCCIDENTE DURANTE LOS SIGLOS V-VIII¹*

*On the Long-Term Socio-Economic Change in the West
from Fifth to Eighth Centuries*

Chris WICKHAM

*Department of Medieval and Modern History. University of Birmingham. Edgbaston. BIRMINGHAM, B15
2TT. Correo-e: WICKHACJ@hhs.bham.ac.uk*

BIBLID [0213-2060(2004)22;17-32]

RESUMEN: El presente artículo analiza los procesos de transición de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media a través del estudio comparado de tres regiones diferentes: Italia, Túnez y la Galia septentrional. Se plantean cuatro grandes parámetros, como son la guerra, la estructura estatal, la estructura de la propiedad privada y la integración en el sistema económico romano, para observar los cambios socioeconómicos en la larga duración que dieron lugar a la formación del mundo medieval y valorar las diferencias regionales.

Palabras clave: Antigüedad Tardía. Alta Edad Media. Transición. Arqueología. Comercio. Villae.

ABSTRACT: This paper analyses the process of transition from Late Antiquity to Early Middle Ages through a comparative study of three different regions: Italy, Tunisia and northern Gaul. The article is focused on the evolution of four factors, such as the war, the structure of the State, the structure of the private ownership and the integration in the Roman

* Artículo publicado anteriormente como "Sul mutamento sociale e economico di lungo periodo in Occidente (400-800)". *Storica*, 2002, vol. 23, pp. 7-28 y "Per uno studio del mutamento socio-economico di lungo termine in Occidente durante i secoli v-viii". *Quaderni del Dipartimento di Paleografia e Medievistica. Dottorato*. Bolonia, 2003, vol. 1, pp. 3-22 y ha sido traducido por Igor Santos Salazar y revisado por Iñaki Martín Viso.

economic system. They allow to understand the long-term socio-economic changes, that gave cause for the formation of the Medieval world, and show the regional differences.

Keywords: Late Antiquity. Early Middle Ages. Transition. Archaeology. Trade. *Villae*.

Los parámetros interpretativos del cambio socioeconómico de larga duración durante la transición entre la época tardoantigua y la Alta Edad Media no han variado excesivamente con respecto a los años treinta. Entonces se podía elegir entre tres modelos principales: la visión clásica de una catástrofe en el siglo V debido a las invasiones bárbaras y a la disolución política; una postura más continuista, asociada sobre todo a Alfons Dopsch, con un cambio relativamente pequeño en el periodo merovingio que desemboca después en el renacimiento carolingio; y la tesis de Henri Pirenne, para quien el mayor punto de ruptura se produjo en el siglo VII por la acción de los árabes. Se podría esperar que la gran cantidad de datos arqueológicos que han aparecido —en especial después de 1970— hubiera relegado tales debates a las notas a pie de página, con nuevas posiciones que resultarían irreconocibles a los teóricos del pasado. Sin embargo, no se ha dado ningún tipo de renovación en este sentido. Los puntos de referencia de las tesis continuistas desde luego han cambiado. Los historiadores, cada vez más conscientes de la estabilidad de la cultura intelectual y política durante la transición de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media, han destacado más las continuidades culturales que las referidas a la sociedad y a la economía. De hecho, se han enfatizado las primeras en mayor medida de lo que Dopsch había destacado las segundas, dado que el historiador austriaco no había dudado nunca de la importancia de las invasiones y de las conquistas de los pueblos germanos, mientras algunos historiadores político-culturales contemporáneos tienden a marginar ambas. Los “catastrofistas” han cambiado aún menos y mantienen las mismas posiciones que hace tres generaciones, aunque ahora se trata de personas diferentes. Los mayores defensores de las hipótesis de Pirenne son actualmente los arqueólogos, que son conscientes —al contrario de lo que sucede con muchos historiadores— de las grandes simplificaciones observables en la cultura material de casi todas las áreas geográficas que habían compuesto el Imperio Romano desde el siglo V en adelante.

La pervivencia de un único modelo podría ser tan sólo un tributo a su éxito como paradigma interpretativo, como el modelo sobre el universo de Einstein, creado más o menos en los mismos años. La perduración de dos o tres paradigmas anti-téticos implica, por el contrario, cierta ausencia de audacia por parte de las sucesivas generaciones y también la falta de un debate productivo. En la situación historiográfica que afrontamos actualmente existen sobre todo dos problemas principales. El primero de ellos consiste en que historiadores y arqueólogos no acostumbran a leerse recíprocamente o, cuando lo hacen, tienden a no tomar en consideración las implicaciones que comporta el modelo que el otro está usando y, a veces —al menos de modo inconsciente—, no reconocen ni siquiera la legitimidad de la aproximación del otro. El segundo radica en que ni los historiadores ni los arqueólogos hacen suficientes

comparaciones entre países o regiones a lo largo de Europa y del Mediterráneo para poder, por ejemplo, crear hipótesis sobre la transición entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media en una región determinada que puedan ser verificadas también en otra. Todo ello podría cambiar, incluso velozmente, porque los datos arqueológicos a menudo son ahora fácilmente disponibles y en múltiples ocasiones las redes de colaboración y amistad, necesarias para superar estas divisiones, ya existen. Quizás estemos en el ápice de una generación en la que se están formando nuevos paradigmas. Si así fuera, debemos explicitar mejor los problemas que contienen los paradigmas antiguos, en mayor medida de lo que se ha hecho hasta el momento.

Afrontemos, por tanto, la cuestión del cambio de larga duración en Occidente desde una perspectiva arqueológica, con el objetivo de establecer un punto de partida lo más claro posible. Considerando los estándares de la cultura material de la Roma tardoantigua en las ciudades y en el ámbito rural, es indiscutible la dificultad existente para encontrar datos arqueológicos referidos al periodo altomedieval, que además, cuando éstos se encuentran, resultan ser muy pobres desde un punto de vista material. Al contrario de lo que se constata en el Mediterráneo oriental, en Occidente hay muchas menos evidencias de cualquier cosa que los arqueólogos busquen; con frecuencia –como es el caso de Inglaterra después de 450 o de África después de 650– dramáticamente menos. Entonces cabe preguntarse: ¿“menos” con respecto a qué?: ¿población?, ¿concentración de riqueza?, ¿intercambios, tecnología? O quizás no signifique “menos” de tal o cual cosa, sino simplemente *cambios* (o transformaciones, como a menudo se dice hoy): ¿en el gusto?, ¿en el concepto de ostentación pública? Cambios que habrían provocado que el mismo tipo de persona hubiese generado idénticos efectos de tipo material, pero con un menor gasto: ¿una *villa* reconstruida en madera?, ¿una iglesia reedificada a escala menor utilizando materiales recuperados y pintada en el exterior? Estas preguntas están cargadas de un amplio potencial, porque cubren la interpretación general de toda la cultura material; no obstante, tales cuestiones tienden a ser consideradas muy a menudo en este periodo de forma singular y fragmentaria. Es necesario, sin embargo, construir modelos sobre el cambio en estos siglos que sean lo suficientemente claros y rigurosos para poder ser verificados. En mi opinión, la mejor manera de crearlos es partir de la comparación de desarrollos análogos en diferentes regiones, estudiados sobre testimonios arqueológicos y documentales que puedan ser verificados también en otras áreas.

En estas líneas realizaré algunas comparaciones entre tres regiones occidentales durante los siglos V-VIII: Túnez, la Italia continental y la Galia septentrional. Trazaré sus diversas historias socioeconómicas mostrando algunas tendencias generales para, posteriormente, sugerir algunos parámetros comunes que permitan analizar y, en parte, explicar sus diferentes desarrollos. Seré más bien esquemático, como resulta inevitable, dado el espacio a mi disposición, y algunos de los datos empíricos aquí presentados pueden ser contestados, o al menos podrían ser puestas en discusión las bases de la interpretación que aquí ofrezco; el lector debe ser consciente de todo ello. Pero el modelo general me parece digno de ser analizado como una propuesta para una síntesis de mayor amplitud.

Túnez —que corresponde poco más o menos a las provincias romanas de África Proconsular y Bizacena, el corazón del África romana— era a comienzos del siglo V una región principalmente dedicada a la exportación, bien en términos de impuestos o de censos sobre tierras, bien a través de transacciones comerciales. Seguramente su trigo, su aceite, su cerámica y, probablemente, sus telas, eran productos extensamente distribuidos por toda la cuenca mediterránea. En torno al año 400 las ciudades africanas prosperaban y los asentamientos rurales parecen haber sido estables¹. La conquista vándala de las provincias tunecinas no comportó cambios inmediatos. De todos modos, la relación tributaria entre Cartago y Roma, y, en general, entre África y el Imperio, se vio rápidamente interrumpida y es posible que la coherencia fiscal del África vándala se debilitase progresivamente en el curso del siglo siguiente. De hecho, tanto el ejército bizantino que reconquistó este territorio como los administradores del mismo en los años inmediatamente posteriores a 534 encontraron dificultades a la hora de restablecer los parámetros generales de la imposición tributaria². Pero las investigaciones de campo muestran una clara estabilidad rural durante el periodo vándalo y hasta el final del siglo VI. En líneas generales, el descenso en el número de asentamientos rurales identificables comienza durante el periodo bizantino, para continuar de forma sostenida hasta cuando cesa la producción de *terra sigillata roja africana*³ a finales del siglo VII. Esta crisis del mundo rural puede interpretarse como síntoma de una concentración demográfica o como consecuencia de un menor uso (o de menores hallazgos) de la *terra sigillata roja*. Los arqueólogos optan por la primera de las hipótesis, basando sus conclusiones en la aparente facilidad para la obtención de esta cerámica en las regiones de producción. Sin embargo, me parece que de este modo se minimiza la importancia de los circuitos microrregionales en la distribución rural de la *terra sigillata roja* en Túnez, con centros de producción separados, cada uno con una lógica diversa, concentrados separadamente en las grandes ciudades costeras y, por tanto, con áreas rurales dependientes de los productos fabricados en tales focos locales. La mejor investigación tunecina publicada, referida a Segermens, evidencia una “disminución de la población” en el momento en el que entra en crisis el centro de producción local de *terra sigillata roja* de Sidi Khalifa. La constante reducción de la producción de *terra sigillata roja*, uno de los principales indicadores de la complejidad económica de África, parece al menos indiscutible después de 550, incluso a pesar de que a inicios del siglo VII la reconquista bizantina provocó un cierto aumento de las exportaciones a Oriente. La producción intensiva de aceite, que puede inferirse a través de las ánforas,

¹ Véanse PANELLA, C. “Merci e scambi nel Mediterraneo in età tardoantica”. En *Storia di Roma*. Torino, 1993, vol. III, 2, pp. 613-697; LEPELLEY, C. *Les cités de l'Afrique romaine au Bas Empire*. Paris, 1979, vol. I.

² PROCOPIO. *Guerras*, IV, 8, 25 (ed. y trad. de H. B. Dewing). Cambridge, 1916. Sobre el sistema impositivo vándalo, véase CURTOIS, C. *Les Vandales et l'Afrique*. Paris, 1955, pp. 258-259; GIL EGEA, M. E. *África en tiempos de los Vándalos*. Alcalá de Henares, 1998, pp. 303-307.

³ Nota del traductor: se trata de la cerámica denominada en inglés *African Red Slip* y conocida en la bibliografía por las siglas ARS.

siguió con toda probabilidad la misma tendencia, si bien en ningún momento cesó de manera absoluta⁴. La sociedad urbana había sufrido intensas transformaciones durante el periodo vándalo, en el cual muchos *fora* cayeron en desuso, revelando una tendencia a disminuir las inversiones destinadas a construir complejos monumentales públicos y a fragmentar espacialmente la actividad urbana, a pesar de que en este momento se erigieron numerosas iglesias. Aunque la reconquista bizantina conllevó la realización de algunas reconstrucciones monumentales, sobre todo, pero no exclusivamente, en Cartago, se trató de una pequeña interrupción de una tendencia estable hacia la simplificación, muy avanzada ya a principios del siglo VIII⁵.

La conquista árabe de Túnez, realizada entre 647 y 698 golpeó, por tanto, una región que sufría ya problemas económicos y que, al final de la conquista, debía afrontar una crisis seria. La ciudad de Cartago continuaba perdiendo población y coherencia urbana, mientras que las principales exportaciones de la región se estaban agotando, al menos aquellas que pueden ser documentadas a través de excavaciones arqueológicas, como la *terra sigillata roja* y el aceite de oliva. Los árabes no provocaron esta crisis, pero las vacilaciones en su actuación política y, en consecuencia, los largos cincuenta años de conquista, pudieron haber contribuido a la crisis. Como resultado de todo ello, el siglo VIII resulta virtualmente invisible en Túnez. Pero defender una postura absolutamente catastrofista total está fuera de lugar en nuestras interpretaciones. La cerámica esmaltada o vidriada de los siglos IX y X, que sería la siguiente tipología cerámica con suficientes análisis estilísticos como para poder servir como elemento de datación, se encuentra en un buen número de yacimientos del siglo VI, tanto urbanos como rurales, si bien en cantidades reducidas, indicando con ello una cierta consistencia de la ocupación demográfica. Puede plantearse que en general el siglo X, al menos según se deduce de los testimonios literarios, fue una época de renovada prosperidad en una región que, a pesar de todo, gozaba de una gran riqueza agraria. Es probable que sólo después de este último periodo la agricultura local comenzase a contraerse, a *atenuarse*, si usamos la terminología de La Bianca⁶, en el

⁴ Veáanse HITCHNER, R. B. y otros. "The Kasserine Archaeological Survey, 1987". *Antiquités Africaines*, 1990, vol. 26, pp. 231-259; DIETZ, H. y otros (eds.). *Africa proconsularis*. Copenhague, 1995, en especial vol. I, pp. 773-799 y vol. II, pp. 451-452 y 467-472; MACKENSEN, M. *Die spätantiken Sigillata- und Lampentöpfereien von El Mabrine (Nordtunesien)*. München, 1993, vol. I, pp. 458; LUND, J. "African Red Slip Ware Revaluated". *Journal of Roman Archaeology*, 1997, vol. 10, pp. 572-574. Para las evidencias de Segermes y Sidi Khalifa véase PEACOCK, D. P. S. y otros. "Roman Pottery Production in Central Tunisia". *Journal of Roman Archaeology*, 1990, vol. 3, pp. 59-84.

⁵ La visión más convincente resulta todavía la ofrecida por THEBERT, Y. "L'évolution urbaine dans les provinces orientales de l'Afrique romaine tardive". *Opus*, 1988, vol. 2, pp. 99-131.

⁶ Cerámica islámica en zonas romanas: ejemplo dado por L. Neuru en HITCHNER, R. B. y otros. "The Kasserine...", p. 259; Lund en DIETZ, H. y otros (eds.). *Africa...*, vol. II, p. 471. Sobre la prosperidad del siglo X véase VANACKER, C. "Géographie économique de l'Afrique du Nord selon les auteurs arabes, du IX siècle au milieu du XII siècle". *Annales. Economies, Sociétés, Cultures*, 1973, vol. 28, pp. 659-680. Sobre la *atenuación* véase LA BIANCA, O. S. *Heban, I*. Berrien Springs, 1990, en especial pp. 16-20, interesante formulación, a pesar de algunos problemas empíricos y conceptuales.

corazón de Túnez. Sin embargo, no es razonable negar que la crisis del siglo VII fue sistemática y muy profunda, necesitando más de un siglo para poder superarse, sin que, de todos modos, se volviesen a alcanzar los niveles de complejidad económica documentables durante el siglo V y quizás también durante el siglo VI.

África, con Túnez en su centro, era la principal región exportadora del Mediterráneo occidental durante el bajo imperio romano y estaba estrechamente ligada a la red de intercambios auspiciada por éste. Los vándalos rompieron la relación fiscal con el resto del Mediterráneo, si bien las exportaciones comerciales de los productos tunecinos seguramente continuaron. La reconquista bizantina restableció las relaciones fiscales y orientó de nuevo su comercio hacia Oriente por algún tiempo, aunque probablemente en un nivel reducido. Pero entre 450 y 650, Túnez perdió progresivamente su papel exportador, al tiempo que los productos africanos eran cada vez más difíciles de encontrar en otras regiones mediterráneas o, por lo menos, podían comprarse en un número menor de localidades. El consecuente ajuste interno –más que exterior– del nivel de la demanda, es decir, la concentración en un ámbito provincial, y no mediterráneo, de la economía local, debió resultar extremadamente difícil. Un síntoma de todo ello fue el colapso de Cartago, abandonada a favor de Túnez por parte de los conquistadores árabes; Cartago fue sin duda la ciudad de mayor importancia dentro del territorio del antiguo imperio romano en donde se constató un proceso tan intenso de decadencia. Otros síntomas podrán observarse a través de las comparaciones que siguen.

Italia es otra región estructuralmente ligada al Mediterráneo durante el siglo V, más como importadora de productos comerciales que como exportadora. El trigo y el aceite de oliva africanos abastecían Roma, sobre todo a través del sistema tributario, y la clase senatorial detraía una parte notable de su riqueza de las tierras africanas. En términos arqueológicos, Italia era una red de pequeñas regiones con sistemas productivos independientes, como puede observarse en el contraste existente entre las manufacturas locales de cerámica vidriada de la llanura del Po y la cerámica roja del centro-sur. Las importaciones africanas eran los principales elementos que mantenían unida económicamente a la península itálica. Aquí, los primeros momentos de cambio, inicialmente más acusados que en África, llegaron a finales del siglo V, cuando el eje fiscal Roma-Cartago se interrumpió. Las ánforas de aceite africano y la vajilla son más difíciles de encontrar en excavaciones arqueológicas después de 450, salvo en las costas, y las imitaciones de la *terra sigillata africana* comienzan a producirse en diversos lugares de la península. A comienzos del siglo VI pueden observarse algunas señales de debilidad en las residencias aristocráticas; las *villae* rurales empiezan a ser abandonadas, mientras que las casas de las elites urbanas comienzan a subdividirse. En el año 530, Italia era con toda seguridad menos rica y sus estructuras económicas estaban más regionalizadas, a pesar de que el reino ostrogodo consiguió mantener una infraestructura de estilo imperial; se dio una lenta involución, pero no una “crisis”. Ésta llegó con la guerra gótica entre 536 y 554 y la posterior y gradual conquista longobarda, comenzada en 568-569. En 605, cuando fue restablecida una cierta

paz, Italia quedaba políticamente dividida en unos diez fragmentos separados entre sí y su economía se había simplificado respecto a los siglos anteriores. Las *villae* desaparecieron a lo largo del siglo VI y las ciudades se transformaron, con escasísimas construcciones monumentales o planificaciones urbanas menores, pasando progresivamente a las edificaciones en madera y, en muchas ocasiones, con extensas áreas abandonadas. Los testimonios arqueológicos de importaciones se reducen a algunos centros privilegiados como Roma o Nápoles y a centros militares como San Antonino di Pertini, en Liguria. La producción de cerámicas continuó, pero el radio de distribución se había reducido y regionalizado y, en el norte, la producción y distribución se simplificaron aún más en la segunda mitad del siglo VII⁷. Durante el siglo VIII, la regionalización de la economía se había ido completando, hasta el punto de desarrollarse en las diferentes partes de Italia diversas historias económicas. En el siglo VIII se observa una mayor complejidad económica en el sur que en el norte, con continuas exportaciones de vino y aceite en varios lugares de la península itálica, como por ejemplo en Campania y Calabria (e incluso en Sicilia), y una red de producción de cerámica roja que iba desde Nápoles hasta Otranto. Roma, que se mantenía aún como la mayor ciudad de todo Occidente, tardó medio siglo en adaptarse al cese definitivo de las importaciones africanas, datado en torno al año 700, para comenzar después a fabricar una cerámica vidriada propia de buena calidad, siguiendo una tradición heredada muy probablemente de Constantinopla⁸. Sus tradiciones artesanales locales en el trabajo del metal y en la decoración arquitectónica alcanzaron uno de sus puntos más bajos a comienzos del siglo VIII, para recuperarse después del año 750. Roma fue a principios del siglo IX más activa desde un punto de vista económico. En el norte hay algunos síntomas de recuperación, como la construcción de grandes edificios, generalmente iglesias, después de 750, pero todavía son difíciles de documentar evidencias de intercambios comerciales a escala interregional. De hecho, Venecia comenzaría a funcionar como un nuevo emporio sólo después del año 780.

El momento del inicio de la recuperación económica italiana está en discusión. Yo propondría una fecha cercana al año 800, otros prefieren el periodo en torno al año 750 e incluso el año 700. Depende, en parte, de qué indicadores se utilicen, dado que la reactivación de las construcciones monumentales comienza con anterioridad a la renovada complejidad de la producción cerámica. Depende, además, de

⁷ Para la bibliografía sobre este tema puede consultarse WICKHAM, Ch. "Early Medieval Archaeology in Italy: the Last Twenty Years". *Archeologia Medievale*, 1999, vol. 26, pp. 7-20. Para la cerámica véase SAGUÍ, L. (ed.). *Ceramica in Italia: VI-VII secolo*. Firenze, 1998.

⁸ Sobre los intercambios, véanse ARTHUR, P. "Early Medieval Amphorae, the Duchy of Naples, and the Food Supply of Rome". *Papers of the British School at Rome*, 1993, vol. 61, pp. 231-244; SAGUÍ, L. "Nuovi dati ceramologici per la Storia di Roma tra VII e VIII secolo". En *La céramique médiévale en Méditerranée*. Aix-en-Provence, 1997, pp. 35-48; y ARDIZZONE, F. "Rapporti commerciali tra la Sicilia occidentale ed il Tirreno centro meridionale nell' VIII secolo alla luce del rinvenimento di alcuni contenitori di trasporto". En BROGIOLO, G. P. (ed.). *II Congresso Nazionale di Archeologia medievale*. Firenze, 2000, pp. 402-407.

qué parte de la península italiana se tenga en cuenta. En general, las áreas longobardas de Italia vivieron un periodo más largo y profundo de regionalización y simplificación económica de lo que ocurrió en las áreas de dominio bizantino, lo que puede parecer de nuevo una diferenciación entre el norte y el sur. Pero hay pocos indicios de que el ducado longobardo de Benevento, situado en el sur de Italia, tuviese una economía a mayor escala y estrechamente vinculada con los centros costeros bizantinos, como Nápoles. No obstante, en torno al año 800 Italia vivió un renovado movimiento en términos económicos, aunque diferente en cada área.

He sugerido ya que Túnez no tenía durante el siglo V una economía completamente autosuficiente y, con toda seguridad, éste fue también el caso de Italia. Ambas regiones estaban estrechamente ligadas a la red de intercambios del Mediterráneo occidental, apuntalada por las estructuras estatales del Imperio Romano, y las dos sufrieron cuando se fracturó la unidad política y fiscal. Paralelamente, las costas del Egeo, de Siria y de Palestina fueron las zonas del Mediterráneo oriental donde mayor impacto tuvo la ruptura de la unidad política después del año 610. Sin embargo, Túnez e Italia han recorrido caminos bastante diferentes entre sí. La crisis económica llegó a Italia con la guerra, de modo que la península sólo se estabilizó lentamente cuando en el siglo VII retornó una paz relativa. La crisis del siglo VI no hizo más que confirmar el "microrregionalismo" de Italia; los pequeños sistemas organizativos de la península siguieron desde ese momento en adelante sus propias historias. En la mayor parte de tales sistemas, las estructuras estatales se mantuvieron débiles, las aristocracias fueron relativamente menos ricas⁹ y ambos factores dificultaron una rápida vuelta a la complejidad económica, aunque es cierto que algunas de ellas, como el Lacio o las áreas interiores romanas, no perdieron nunca un nivel mínimo de integración económica, y la costumbre de las elites romanas de vivir en las ciudades aseguró la persistencia de la relación campo-ciudad en la mayor parte de los lugares. Pero Italia no debió afrontar una crisis productiva tan seria como la que parece poder identificarse en Túnez. Aparte de Cartago, la arqueología africana no está tan desarrollada como la italiana, pero recientes excavaciones han confirmado la notable y generalizada debilidad material de las últimas décadas del siglo VII y en toda la centuria siguiente. La crisis del siglo VII, incluso si se excluye la presencia árabe, fue aparentemente más grave que la del siglo VI en Italia. Todo ello no tiene una fácil explicación política; a partir del periodo 647-698, Túnez gozó de estabilidad en el gobierno, con un estado único que percibía impuestos de forma continuada durante todo el periodo aquí considerado, en claro contraste con la situación italiana. La ruptura del Mediterráneo debió tener efectos diversos en ambas zonas, con una Italia mejor protegida para esa fractura que Túnez. Esta diferencia parece confirmar la idea de una economía africana excepcionalmente dependiente de la red de intercambios con el Mediterráneo. Italia, en cambio, tenía ya una red de economías locales, de modo que cuando cesaron

⁹ WICKHAM, Ch. "Aristocratic Power in Eight-Century Lombard Italy". En MURRAY, A. C. (ed.). *After Rome's fall*. Toronto, 1988, pp. 153-170.

los intercambios con el Mediterráneo, tales economías, aunque fuertemente debilitadas, continuaron en pie.

La Galia septentrional tuvo que afrontar la crisis antes que otras regiones, en el siglo V. Entre el Sena y el Rin, las *villae* fueron abandonadas en los años 350 a 450. Esto puede significar simplemente un cambio en el gusto o un movimiento hacia valores militares en una región fuertemente influida por la cultura de frontera; las *villae* se mantuvieron en un sur más civil, que se extendía por el norte hasta Chartres. Ahora bien, es difícil descubrir hacia dónde se movieron los ocupantes de las precedentes *villae*, así como es difícil delinear el nivel de prosperidad de las elites durante el siglo que siguió al año 450. Desde luego no se fueron a las ciudades. El siglo V fue también en la Galia septentrional un periodo marcado por el declive urbano, con únicamente algunas pocas ciudades que pueden ser consideradas candidatas al mantenimiento de una cierta continuidad económica y urbanística, entre las que se encuentran sobre todo París y Colonia¹⁰. Después del año 406, el siglo V fue también un periodo de inestabilidad política y de ataques externos; en torno a 450, la frontera del Rin no existía ya. En los años setenta del siglo V, algunas ciudades –como la París de la *Vita Sanctae Genovevae*– quedaron a merced del destino y solamente en los años ochenta Clodoveo restableció el poder central en el norte. De todos modos, a partir de entonces los reyes merovingios se apoyaron de manera particular en las ciudades del norte, de París a Orleans, de Metz a Colonia, o en los palacios de sus más inmediatas periferias. Como resultado, la Galia septentrional se convirtió en un centro político de fundamental importancia. En el siglo VII, comienzan a aparecer documentos privados que se refieren a una aristocracia considerablemente rica, la más rica que se conoce desde los tiempos del imperio romano, caracterizada por disfrutar de grandes posesiones dispersas sobre vastas áreas. Pienso que esta riqueza aristocrática no era nueva; al menos las fuentes narrativas permiten inferir una continuidad en la propiedad fundiaria durante el periodo de las invasiones, por ejemplo en la región de Champaña –como son los casos de Remigio de Reims y probablemente de la familia de *Lupus* de la Champaña–. Tanto si esta tesis puede ser mantenida como si no, como muy tarde para el año 550 la organización política franca y la propiedad fundiaria privada eran al menos similares a aquellas del periodo

¹⁰ Véase VAN OSSEL, P. *Établissements ruraux de l'Antiquité tardive dans le nord de la Gaule*. Paris, 1992. Del mismo autor, "Structure, évolution et status des habitats ruraux au Bas-Empire en Île-de-France". En VAN OSSEL, P. y OUZOULIAS, P. (eds.). *Les campagnes de l'Île-de-France de Constantin à Clovis*. Paris, 1997, pp. 94-119. Sobre los procesos de militarización, WHITTAKER, C. R. *The Frontiers of the Roman Empire*. London, 1994. Sobre la evolución de la ciudad de París, *L'Île-de-France de Clovis à Hugues Capet du V siècle au X siècle*. Paris, 1993, pp. 125-148. El caso de Colonia puede seguirse en GECHTER, M. y SCHÜTTE, S. "Zwischen St. Alban und Judenviertel in Köln". *Rheinische Heimatpflege*, 1998, vol. 35, pp. 37-56. La *villa* septentrional con una mayor ocupación en el tiempo (hasta el siglo VII) es la de Mienne-Marboué, cercana a Châteaudun, BLANCHARD-LEMÉE, M. *Recueil général des mosaïques de la Gaule*. Paris, 1991, II, 4, p. 301.

romano¹¹. La cultura aristocrática y política habían cambiado sustancialmente, pero los niveles de riqueza y la infraestructura económica sobrevivieron bastante bien a la crisis del siglo V.

Esta convicción se confirma a través de la historia de los intercambios en el norte de la Galia. A comienzos del siglo V era una región totalmente separada de la red de intercambios del Mediterráneo. Su principal actividad económica era la de abastecer a las tropas de la frontera del Rin. Pero cuando, a partir de la segunda mitad del siglo V, el ejército romano desapareció, los sistemas de intercambio continuaron. El tipo principal de *terra sigillata* local, las cerámicas de Argonne, perduró durante todo el siglo VI, y lo mismo sucedió con el resto de las principales producciones, en especial los tipos Mayen, que continuaron siendo producidos por centenares de años. Sus redes de distribución redujeron su escala geográfica cuando los abastecimientos del ejército dejaron de alimentarlas (los merovingios no tenían tropas estipendiarias), pero siguieron cubriendo áreas considerables en el norte de la Galia. Hacia el final del siglo V se desarrolló un tipo de cerámica refinada relativamente nueva, las cerámicas carenadas (*céramiques biconiques*) que caracterizan a las necrópolis merovingias y también a los asentamientos. Tuvieron una distribución más restringida, pero parece que fueron típicas en un radio de al menos 100 kilómetros, nada pequeño si se tiene en cuenta los *estándares* del Mediterráneo en el mismo periodo. Ya en el siglo VI, el ámbito geográfico de producción e intercambio en la Galia septentrional superaba el de cualquier volumen de intercambio de productos artesanales en el Imperio Romano occidental precedente, salvo el referido a la *terra sigillata*, y este nivel no disminuyó. Después del siglo VII, cuando la producción de *terra sigillata roja* se interrumpió, los intercambios comerciales en el ámbito norte de la Galia sólo eran superados por los de Egipto y, desde este momento, las redes de intercambio galas continuaron su crecimiento, con nuevos tipos de cerámica procedentes de la zona de Colonia y del valle del Sena, con la expansión de nuevos y viejos centros urbanos, como Colonia o Maastrich, y con el inicio de un considerable tráfico comercial marítimo a través del mar del Norte, proveniente de centros de exportación como Dorestad¹². La clara continuidad de estos modelos de intercambio

¹¹ *Vita S. Genovevae y Testamentu Remigi*, KRUSCH, B. (ed.). *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum Merovingicarum*, 3. Hannover, 1896, pp. 21-38, 336-347. Para *Lupus*, véase MARTINDALE, J. R. *The Prosopography of the Later Roman Empire*. Cambridge, 1992, 3. Dos buenos ejemplos de testamentos de ricos poseedores del siglo VII pueden consultarse en WEIDEMANN, M. *Das testament des Bischofs Bertram von Le Mans vom 27 März 616*. Mainz, 1986. AT SMA, H. y VÉZIN, J. (eds.). *Chartae Latinae Antiquiores*, 13. Zurich, 1981, n. 571.

¹² Véanse GROSS, U. "Die Töpferware der Franken". En *Die Franken, Wegbereiter Europas*. Mannheim, 1996, pp. 581-593; PITTON, D. (ed.). *La céramique du V au X siècle dans l'Europe du Nord-Ouest*. Arras, 1993; LEGOUX, R. "L'Art animalier et la symbolique d'origine chrétienne dans les décors céramiques du VI siècle après J. C. au nord du bassin parisien". *Revue Archéologique de Picardie*, 1992, vol. I-II, pp. 111-142; VERHUSLT, A. "Roman Cities, Emporia and New Towns (Sixth-Ninth Centuries)". En HANSEN, I. L. y WICKHAM, Ch. (eds.). *The Long Eighth Century*. Leiden, 2000, pp. 105-120.

presupone una continua demanda económica, que es mucho más significativa que la contracción del siglo V o que la expansión del siglo VIII, y que sobrevivió a la ruptura de los intercambios fiscales y militares del periodo romano. Todo ello implica que la demanda privada y, por tanto, la riqueza privada prosiguieron sin serias disminuciones tanto antes como después de Clodoveo, en contraste con Inglaterra, una región con condiciones similares en el siglo IV donde el final del sistema fiscal conllevó un rápido colapso económico en el segundo cuarto del siglo V, por lo que cabe suponer que en este caso la aristocracia sobrevivió mucho menos que en la Galia¹³. El norte de la Galia no ha sido habitualmente contemplado como candidato a una insólita continuidad económica en el periodo de la transición entre la época tardoantigua y el periodo altomedieval, pero sus estructuras comerciales permiten sostener esta opinión. Todo ello ayuda también a comprender la sorprendente fuerza y coherencia del poder político merovingio, que en Occidente sólo fue igualado después de la segunda mitad del siglo VI por el reino visigodo de Toledo, obviamente más “romanizado”, aunque se está todavía lejos de conocer con seguridad en qué medida se extendía realmente el dominio efectivo en este último reino.

Estas tres regiones muestran, por consiguiente, unos recorridos diferentes. Y no son las únicas regiones en Occidente, ya que el análisis de Mauritania, España, la Galia meridional, el valle del Danubio o Inglaterra mostraría también tendencias muy diferentes. Si bien nos limitamos tan sólo a tres ejemplos, puede aceptarse que en los siglos V, VI y VII se produjeron una serie de crisis que podrían estar relacionadas, respectivamente, a continuidades consistentes, a una aguda contracción y a un grave desequilibrio del sistema de intercambios, y también a un notable proceso desurbanizador y a dos tipos de una reducida continuidad urbana. Y podría continuarse. Todos estos casos no son únicamente diferentes entre sí, sino que se combinan de muy diversas formas. Cualquiera de los tres modelos rivales de los años treinta del siglo pasado encuentra aquí respaldo si se escoge con atención la región y el tipo de pregunta que se realiza. Pero debe también quedar claro que ninguno de los modelos se adapta a estas tres regiones, por no hablar de todos los otros territorios de Occidente¹⁴. La única generalización que puede adaptarse a las tres regiones aquí consideradas es la simple observación, ya anteriormente mencionada, de que la cultura material altomedieval era menos compleja y ambiciosa que la tardorromana. En realidad, esta observación es válida para todas las regiones del Imperio, tanto en Oriente como en Occidente, exceptuando quizás Egipto. Pero ahora sabemos que ese dato no dice nada por sí sólo, porque el *modo* en que la cultura material altomedieval, y también la economía, era menos compleja que la tardoantigua variaba en cada región.

¹³ ESMONDE-CLEARY, A. S. *The Ending of Roman Britain*. London, 1989.

¹⁴ Como los populares *dei ex machina*; carestías, desastres climáticos –recientemente incluso erupciones volcánicas–, concentradas generalmente en torno a 540, de las que no se hace un frecuente uso en Inglaterra y la Galia.

Nuestra tarea en el futuro será crear una serie de modelos explicativos que puedan adaptarse a tal variedad de experiencias. Se trata de un gran desafío y en este punto trataré de ser más esquemático. Propongo valorar el cambio socioeconómico de larga duración a través de cuatro parámetros principales, cada uno de los cuales tuvo una incidencia diferente en las diversas partes del Imperio. El primero de ellos es la guerra, representada por la invasión de cada provincia del Imperio –todas experimentaron al menos una y algunas más de una– y por el efecto rupturista de la inmigración de una nueva elite dominadora, tanto germánica como árabe, es decir la imagen tradicional de la “caída del Imperio Romano”. Hemos visto cómo la primera crisis económica con efectos inmediatamente disgregadores coincidió con las invasiones en las tres regiones examinadas. Por tanto, este parámetro no debe ser minusvalorado; la guerra es siempre un catalizador significativo de anteriores dificultades, pero no quisiera enfatizar excesivamente su impacto. La invasión árabe de Túnez exacerbó una situación precedente de involución económica y la invasión vándala produjo aún menos efectos materiales. Sólo en Italia y, más allá de las tres zonas consideradas, en los Balcanes y en algunas partes de Anatolia parece que la guerra haya sido una causa directa del cambio económico a gran escala. El segundo parámetro es el nivel de supervivencia de las infraestructuras económicas estatales, en particular del sistema de recaudación tributaria, de la circulación de bienes y, con frecuencia, de la demanda estable de productos por parte de entes públicos. El tercer parámetro es el nivel de supervivencia de las grandes propiedades, la principal fuente de riqueza privada en el periodo aquí examinado, y, junto a ello, la demanda de bienes en una escala amplia e independiente del Estado. Considero estos dos últimos parámetros de forma separada, porque tuvieron evoluciones diversas en regiones diferentes y debido a que provocaron efectos distintos sobre los sistemas económicos. Un Estado fuerte puede promover con facilidad importantes circulaciones de bienes a larga distancia, tanto como simples estructuras de intercambio comercial, y así sucedió en los casos del Imperio Romano y el califato abbasí, como en el papel de importante comprador de bienes comerciales. La riqueza privada, en cambio, producía en ocasiones movimientos no comerciales de rentas desde el centro de una posesión al de otra, como ocurrió en las propiedades senatoriales africanas o, en una escala menor, en las viñas más meridionales de los monasterios del siglo IX en lo que ahora es Bélgica. Pero era siempre una fuente importante para la demanda comercial. Si en una región no se encuentran ni importantes propietarios, ni un estado fuerte, generalmente sus campesinos serán más ricos, pero sus estructuras económicas resultarán más pobres, el poder adquisitivo estará descentralizado y la cultura material será más simple. Esta afirmación, que he defendido ampliamente en otro lugar, no es infundada; se encuentra en la base, por ejemplo, de la sorprendente diferencia entre la cultura material de Inglaterra y la de la Galia septentrional del siglo VII¹⁵. El cuarto parámetro hace

¹⁵ Un primer enunciado de este modelo se ha dado en WICKHAM, Ch. *Land and Power*. London, 1994, pp. 216-225.

referencia al nivel de integración estructural que cada región tenía dentro del sistema económico mundial romano, centrado sobre el Mediterráneo –o en las dos mitades del mismo–; a mayor integración de una región corresponde un mayor impacto en el momento de la desaparición del sistema.

Tomemos en consideración estos parámetros uno a uno y probemos a aplicarlos a cada una de las tres regiones estudiadas. El primero, la guerra, fue gravísimo para Italia, como ya he dicho, aunque seguramente también influyó en los momentos de crisis de las otras dos regiones. El segundo, la historia del Estado, muestra una vez más a Italia como el área que sintió las mayores dificultades. Hacia el final del siglo VI, la península italiana estaba fuertemente dividida desde un punto de vista político y probablemente sus pequeñas entidades disponían a duras penas de una estructura interna simple, salvo las zonas controladas por Bizancio, como Rávena, Calabria y Sicilia. Túnez, sin embargo, era una única entidad política, excepto en los últimos decenios del siglo VII, y sus dominadores continuaron imponiendo tributos, posiblemente ya desde los últimos años del periodo vándalo. En la Galia septentrional se produjo una mayor ruptura estructural toda vez que el ejército situado en el Rin, que era uno de los principales sujetos fiscales del ángulo septentrional del Imperio Romano, desapareció. Es difícil establecer si los merovingios participaron en algún tipo de impuesto fundiario al norte del Sena¹⁶. De todos modos, puede afirmarse que la presencia en aquella área de reyes fuertes y ricos, prescindiendo de cuál fuese la fuente de su riqueza (tierras, impuestos), creó o regeneró centros de demanda en el norte que superaban con facilidad los de cualquiera de las entidades políticas italianas.

El tercer parámetro, la historia de las propiedades fundiarias, queda incompleto, porque podemos decir realmente poco de los propietarios de la zona tunecina después del periodo vándalo, y no mucho tras el año 439. Sin embargo, en la Galia septentrional tenemos múltiples indicios de ricos latifundistas desde los inicios del siglo VII en todas las áreas para las cuales disponemos de documentación. En Italia, por el contrario, los testimonios corren en una dirección opuesta, es decir, hacia una disminución de la riqueza de las aristocracias locales durante el siglo VII, y son pocos los propietarios que parecen poseer bienes en más de un territorio urbano. En algunos centros políticos, como Roma o Benevento, pudieron existir aristócratas dueños de propiedades de mayor amplitud, pero no contamos con ningún testimonio de patrimonios aristocráticos parangonables con los de la Galia. Este hecho contrasta claramente con la situación de los primeros decenios del siglo V, cuando las grandes familias senatoriales, el grupo más rico de la historia de los propietarios fundiarios privados que yo conozca, residían en Italia, y este contraste se ha mantenido hasta, al

¹⁶ El mejor cuadro general lo ha ofrecido GOFFART, W. "Old and New in Merovingian Taxation". *Past and Present*, 1982, vol. 96, pp. 3-21. El mayor conjunto documental referido a las tasas sobre la tierra después del 500 corresponde al área geográfica situada entre el norte de Aquitania y el Loira.

menos, la revolución industrial¹⁷. Incluso aceptando que en la Italia romana esta rica elite no se extendiese por toda la península, el nivel de riqueza de las aristocracias decayó considerablemente durante este periodo, mientras en la Galia septentrional se mantuvo o incluso aumentó. En Túnez, como se ha señalado, nos vemos obligados a construir hipótesis, pero la propiedad fundiaria de ámbito local pudo haberse incrementado durante el periodo vándalo, dado que las tierras de la aristocracia senatorial romana fueron confiscadas y se estableció en ellas la elite vándala. La continua construcción de iglesias urbanas de alta calidad en el siglo siguiente y con posterioridad a éste refleja un notable nivel de riqueza, por lo menos de ámbito local. Pero sería difícil sostener esta hipótesis más allá del año 600; cualquiera que fuese la estructura local de la crisis del siglo VII en África, ésta no pudo verse aliviada por la presencia de ningún centro visible de demanda local privada. Por último, el cuarto parámetro, la integración de las diferentes regiones en el sistema mundial mediterráneo, puede ser caracterizado con rapidez, debido a que sus elementos principales han sido ya tratados. En este caso, Túnez fue la zona golpeada de manera más contundente, Italia de forma secundaria y la Galia septentrional no lo fue en absoluto.

Si pudiésemos sumar simplemente estos cuatro parámetros, podría entonces deducirse que la Galia septentrional fue la región que vivió un menor cambio socio-económico en el periodo entre los años 400 y 800, mientras que Italia sufrió la mayor transformación, porque se vio seriamente afectada por tres de los cuatro parámetros considerados, frente a la Galia septentrional, que únicamente sufrió dos o quizás tres de ellos y en menor medida. Esta observación concuerda con las continuidades relativas documentadas en la Galia, pero no así con la gravedad de las crisis que afectaron a Túnez e Italia, ya que, de entre las dos, parece que fue Túnez quien recibió un impacto mayor. En mi opinión, eso demostraría *a posteriori* el alto grado de dependencia que realmente tenía la prosperidad de Túnez respecto a la red de intercambios mediterránea. Es también muy posible que Italia estuviera mejor protegida de una involución aún más grave gracias a la solidez de sus estructuras económicas locales y microrregionales, donde destacan la continuidad de la centralidad de la ciudad, al menos en relación con su espacio rural circundante, y el mantenimiento de la tendencia de tomar como ejes a los centros urbanos detectable tanto en las organizaciones políticas locales como en la aristocracia. Las ciudades italianas eran poco atractivas desde un punto de vista material, pero mantuvieron su papel sociopolítico¹⁸.

El hecho de que estos cuatro parámetros, apenas expuestos, tengan que ser ligeramente ajustados para concordar con los datos indica que no es fácil crear un modelo

¹⁷ Son buenas introducciones ARNHEIM, M. W. T. *The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire*. Oxford, 1972; y RODA, S. (ed.). *La parte migliore del genere umano*. Torino, 1994.

¹⁸ Sobre la sociedad urbana italiana véanse HARRISON, D. *The Early State and the Towns*. Lund, 1993; y BROGILOLO, P. y GELICHI, S. *La città nell'alto medioevo italiano*. Bari, 1998.

con múltiples estratos que pueda explicar todos los elementos de la transformación socioeconómica local en el mundo posromano. La combinación de estos cuatro parámetros puede entenderse como un prototipo ideal, una suerte de guía para valorar cuál debe ser el cambio que debe investigarse, más que para describir las transformaciones que realmente se produjeron. Por lo menos se debe aceptar que cada uno de los cuatro ha tenido una incidencia diferente en cada realidad local; se debería entonces discutir con mayor detalle cómo estos parámetros interactúan entre sí más allá de lo que he podido exponer en estas líneas, pero en este caso se corre el riesgo de tener graves lagunas en las fuentes. De todas formas, pienso que es útil proponerlos, aunque de manera esquemática, como un posible guión del modo mediante el cual se puede afrontar la complejidad de la diferencia regional. No existe *nunca* un único motor del cambio socioeconómico, pues existen siempre varios. La tarea consiste en aislarlos, para posteriormente entender cómo han actuado conjuntamente.

De todos modos, en caso de existir algún concepto generalizable sobre la naturaleza de los sistemas socioeconómicos de este periodo que deba ser explicitado es el siguiente: la estructura real de cualquier economía regional antes de la revolución industrial es interna y no se basa sobre los intercambios de larga distancia, es decir, la riqueza estable es regional y subregional. Las teorías del desarrollo económico precapitalista que presuponen que el intercambio de larga distancia es su signo distintivo, como la teoría de Pirenne, están equivocadas. Es cierto que uno de los más importantes resultados alcanzados por el Imperio Romano fue la creación de una estructura económica interregional tan bien articulada que al inicio del periodo que aquí se analiza Túnez podía exportar sus productos a todo el Mediterráneo. Pero la razón que subyace a este fenómeno es la fuerza del motor fiscal y, finalmente, este tipo de predominio no pudo sostenerse. Túnez era y es potencialmente rica, pero no a ese nivel; hubiera tenido que volver a ser una región con su propia demanda interna antes de poder volver a convertirse en una economía estable y, a pesar de su prosperidad en el siglo X, esto no sucedió durante todo un milenio. En cambio, la prosperidad de la Galia septentrional en las postrimerías del periodo estudiado estaba firmemente fundamentada en un nivel regional y, como resultado, fue más duradera y, a decir verdad, la riqueza de la región del Sena y del Rin no dejó de existir nunca. La economía italiana se habría expandido velozmente en los siglos sucesivos, gracias en parte al nuevo papel de encrucijada de un intercambio interregional inestable y no sostenido; pero la fuerte relación entre el campo y la ciudad en la península permitió una prosperidad urbana más duradera que sobrevivió al repliegue en el periodo del Renacimiento del capital mercantil italiano.

Éstos son ciclos de larga duración que van más allá de mi análisis. Volviendo al periodo entre los siglos V y VIII, si existe un siglo en el que la naturaleza regional de los sistemas económicos fue particularmente clara, me parece que debió ser el siglo VIII. Fue el primero en el que no existió ningún tipo de red de intercambios en el Mediterráneo que pueda confundir a los observadores –por lo menos a los observadores actuales– y las historias económicas de las distintas regiones quedaban

por vez primera claramente separadas. Como resultado, muchas de ellas son menos visibles, dado que las secuencias arqueológicas internas son peor conocidas que las dataciones de la *terra sigillata africana*. Pero cuando pueden ser analizadas, se descubre mucho más sobre las economías locales de lo que pueda hacerse mediante el conocimiento sobre la distribución de la *terra sigillata africana*. También en ese siglo, la creciente ausencia de ambiciones económicas permitió a los contemporáneos concentrarse en la relación entre oferta local y la demanda, que era la base real de la complejidad económica interna¹⁹. En la Galia septentrional tenían ya esta idea, y esta región, de hecho, prosperó en aquel tiempo; otras enseguida la seguirían. En esta especie de mundo regional, el principal parámetro futuro durante algunos siglos sería el que he indicado en tercer lugar, es decir, la riqueza y la demanda aristocrática. El incremento en importancia del segundo parámetro, el Estado, dejando de lado el Mediterráneo oriental, tendrá que esperar hasta el siglo XIII en adelante.

¹⁹ El nuevo e innovador estudio de MCCORMICK, M. *The Origins of the European Economy*. Cambridge, 2001, si bien escrito partiendo de una posición diferente a la expuesta en este artículo, confirma el siglo VIII como un periodo de relativa inactividad del Mediterráneo, hasta al menos los años setenta del mismo.